

ACTUACION CORRECTA Y CARGOS INFUNDADOS

Dep 24/48 D.V.

Es hábito inveterado de nuestro pueblo buscar, frente a cada golpe de la adversidad, la correspondiente "cabeza de turco". Sobre todo los políticos, los hombres públicos, los que menos suelen ocuparse y preocuparse por los problemas de la nación, tienen por costumbre cuando alguna calamidad nos aflige descargar todas las responsabilidades en el prójimo, eligiendo con preferencia a aquellas personas e instituciones que por su propia respetabilidad no pueden salir a la plaza pública a discutir con profanos cuestiones de naturaleza científica.

En el caso del reciente ciclón, que en La Habana causó pocos daños, pero que en Matanzas azotó con furia a algunas ciudades y poblaciones y a una extensa y rica zona rural de la parte oriental de La Habana, cosa que no hay que olvidar, se ha elegido a los observatorios como blanco propicio de acusaciones y de burlas. Esto nos parece impropio e injusto. Tanto el Observatorio Nacional, que dirige el ingeniero Millás, como el Observatorio de Belén, que dirige el Rvdo. Padre Goberna tienen una tradición de servicio y de acierto que debiera ser más que suficiente para ponerlos a resguardo de toda sospecha y de todo frívolo cargo. Durante muchos años los meteorólogos de uno y otro centro científico han venido rindiendo una tarea impropia para mantener a la población debidamente informada sobre toda clase de trastornos atmosféricos y gracias a sus prudentes avisos, casi siempre comprobados, se han salvado muchas vidas y se han evitado muchos desastres.

Ocurre, sin embargo, que cuando el Observatorio de Belén o el Nacional se anotan triunfos brillantes en la predicción del tiempo, nadie se encarga de destacar el hecho ni de pedir un aplauso para sus sabios directores. El acierto, en esta materia se considerará como una cosa natural, obligatoria, de mera rutina. En cambio cuando las cosas no salen o cuando algunos juzgan que no salieron exactamente como habían sido previstas, cuando ha tenido lugar uno de esos pequeños errores de cálculo que son tan frecuentes aun en cuestiones menos aleatorias que la ciclónica, surgen en seguida los implacables fiscales de siempre alzando su dedo acusador contra honorables hombres de ciencia, consagrados durante muchos años al servicio de sus semejantes, en un plano de honestidad y desinterés inobjectables.

Es una equivocación, bastante pueril por cierto, suponer que la trayectoria de un ciclón puede seguirse con toda exactitud. Ya decía el sapientísimo y bien recordado Padre Gutiérrez Lanza, director por mucho tiempo del Observatorio de Belén, que "no hay dos ciclones iguales", dando a entender que cada uno de estos meteoros tiene su índole y casi diríamos su personalidad propia, con su forma, velocidad y estilo peculiares y hasta con sus desviaciones y caprichos. Si hay algún capítulo en la ciencia meteorológica donde existen todavía zonas de inseguridad y de misterio, ese capítulo es el de las tormentas tropicales. A despecho de los que dirigen diatribas tan injustas como ridículas contra Belén, es lo cierto que fué un jesuita ilustre, adscrito a ese Observatorio, el que realizó investigaciones más intensas y provechosas sobre la marcha de los ciclones en el mar de las Antillas. Al famoso Padre Viñas se deben observaciones, postulados y leyes que constituyen en la actualidad la disciplina básica para los que se dedican al estudio de este tipo de meteoros. Es muy fácil hacer inculpaciones sin ton ni son, prescindiendo no ya de argumentos científicos, sino de la veracidad misma de los hechos; pero tanta ligereza, tan desconsideración y tanta injusticia no podrán empañar la gloria legítima de ese instituto que, con absoluto desinterés lejos de todo lucro, sin retribución alguna, y para el bien de nuestro pueblo mantiene la Compañía de Jesús en el gran Colegio de Belén de esta capital desde hace casi cien años y durante mucho tiempo como único centro científico de información sobre ciclones.



La predicción del tiempo es ardua y penosa. Mucho ha avanzado la ciencia en este campo; pero aún quedan segmentos de sombra dentro de los cuales falla el cálculo más minucioso. A las dificultades de este trabajo, para el cual no se han inventado aún instrumentos de precisión absoluta, se unen las que se derivan del estado psicológico colectivo, el cual, bajo circunstancias adversas, se exagera en una forma casi morbosa e incurre fácilmente en la arbitrariedad y en la injusticia. Es frecuente en el lego confundir la predicción científica del tiempo con la profecía. Hay que decirlo, aunque parezca una perogrullada: los meteorólogos no son profetas. Son hombres que manejan datos, que interpretan fenómenos, que realizan cálculos, operaciones todas en las que lo imponderable y lo imprevisto son factores que no pueden dejar de tenerse en cuenta. Por eso las palabras "posible", "probable" y "aproximadamente", figuran casi siempre en los partes que sobre el tiempo emiten todos los observatorios del mundo. Ninguno asegura que pasará esto o lo otro, porque no existe la seguridad en un medio tan inestable como la atmósfera. Los que se paran la vida anotando y criticando la no coincidencia exacta de los hechos con las previsiones de los observatorios, son individuos que no tienen el menor concepto de lo que es la ciencia meteorológica y atribuyen una infalibilidad absurda a los avisos sobre el tiempo.

En el caso del reciente ciclón nuestros observatorios anunciaron desde los primeros partes que el meteoro no era de tanta intensidad como el de 1944 y que afectaría a las provincias occidentales de la isla. Ambas premoniciones, se cumplieron. La máxima velocidad del viento registrada sobre nuestro territorio fué de 90 millas por hora, cifra pequeña si se la compara con las registradas durante el huracán de hace cuatro años. Y en cuanto al lugar por donde cruzó el meteoro, fué aproximadamente el del límite entre las provincias de La Habana y Matanzas. Los estragos en esta última región fueron mayores no tanto porque el viento soplase en ellas con un poco más de violencia, sino porque las construcciones en esa zona no son tan sólidas como en la capital.

Hay un hecho indiscutible: que los observatorios habaneros estuvieron constantemente en vigilia, procurando fijar la trayectoria del ciclón y emitiendo boletines frecuentes en los que de manera invariable se aconsejaban precauciones a las provincias de Matanzas, La Habana y Pinar del Río. Tiempo de sobra hubo para hacer caso de sus saludables advertencias.

La labor de nuestros meteorólogos, principalmente el Padre Goberna y el comandante Millás, no sólo no merece censuras, sino que es digna de reconocimiento y aplauso. Lo ocurrido en Matanzas es harto deplorable. El DIARIO DE LA MARINA, plenamente solidario con la situación aflictiva de esa región, ha abierto una suscripción para recabar fondos con que ir al inmediato auxilio de los damnificados. Pero en nada remedia ni alivia la situación de los matanceros el ponerse ahora a discutir sobre si la trayectoria del ciclón fué o no prevista en todos sus pasos por nuestros observatorios. Esta es la clásica disputa bizantina, tan grata a los científicos de café. Lo que procede es acudir sin dilaciones a reparar los daños causados por el meteoro en la capital y en otras ciudades y poblaciones de esa provincia, dejando a un lado los debates estériles, los cargos ligeros y las imputaciones sin base, injustas y malintencionadas.

DM, Sep 24/48

